

INTRODUCCION.

Señalar el carácter de la época en que vivimos, y de los años que han de sucederle, hasta el fin del mundo: hé aquí, nuestro principal objeto al escribir esta obra. Podíamos, pues, conservarle el título: «¿En dónde estamos, á dónde vamos?»

Estamos persuadidos de que nos hallamos en los últimos tiempos, bien que no en los últimos días. Por este motivo, hubiéramos podido, nos parece, limitarnos á la interpretación de los textos de las Santas Escrituras, que se refieren al más grande de los acontecimientos, y á los años que han de precederle, y preparar su aparición. Sin embargo, hemos reflexionado, que las diferentes edades en que se divide la duración del Cristianismo en la tierra, están necesariamente enlazadas; y que la exposición de los textos, relativos á cualquiera de dichas edades, influye en los que se refieren á las demás; y esta reflexión nos ha inducido á ocuparnos de todos los tiempos de la Iglesia.

Partiendo de esta base, tratamos de comentar todo el Apocalypsi; pero, de una manera general y concisa.

En la primera parte, nos ocuparemos de las cuatro primeras edades.

En la segunda, cuyas dimensiones serán mayores, por exigirlo así su mayor importancia, haremos la historia de las tres últimas edades, adoptando la misma división del apóstol San Juan, que incluyó las cuatro primeras Iglesias en el capítulo segundo de su Apocalypsi; y las tres restantes, en el capítulo tercero.

La primera parte, podrá considerarse como introducción á la segunda.

Antes de entrar en los detalles de nuestro asunto, conviene fijar algunos puntos, que son indispensables para la inteligencia de nuestro trabajo.

El primero de estos puntos, es el tiempo, que ha de durar el mundo. Si esta duración excediere notablemente de seis mil años, habría que desochar no pocas de nuestras apreciaciones.

El segundo punto, determina lo que debe entenderse por las siete Iglesias. Nosotros creemos, que las siete Iglesias representan las siete edades sucesivas de la Iglesia de N. S. J. C. en la tierra, desde el nacimiento de su divino Fundador, hasta el fin de los tiempos. Si no significasen esto, todo nuestro escrito caería por su base.

El tercer punto, se refiere al carácter que presenta la transición de una á otra de

las edades. Dos edades sucesivas se entrelazan necesariamente, existen á un mismo tiempo; el término de la una, coincide con el principio de la otra: Sin admitir esa coexistencia, diferentes pasajes fueran ininteligibles.

En el cuarto punto, trataremos de la división del Apocalypsi, y de sus diferentes capítulos. Esta división es indispensable, para que no aparezcan infundadas é inverosímiles las conjeturas á que se presta ese Libro divino.

En el quinto, hablaremos de los varios colores de que se trata en esta revelación, cada uno de los cuales tiene un significado, que esclarece los textos.

Y, finalmente, en el sexto, explicaremos el capítulo XX de la profecía de San Juan, que derrama mucha luz sobre todos los demás capítulos.

Estos seis puntos, formarán la materia de seis párrafos.

§ I. EL MUNDO DEBE DURAR SEIS MIL AÑOS, APROXIMADAMENTE.

I. Tomando en consideración el estado del mundo, desde la creación, y particularmente, desde la caída del primer hombre, ¿cuál debe ser la duración del mundo? ¿Cuándo debe llegar á su término la peregrinación del género humano en la tierra? Hé aquí dos problemas de suma gravedad, que bien merecen llamar la atención de los hombres reflexivos; y que nos proponemos resolver en los términos indicados; sin atrevernos, empero, á descorrer el velo misterioso, que nos encubre los días de la creación, acerca de los cuales carecemos de datos seguros; y que mas bien que días, parecidos á los nuestros, nos parecen épocas. Tampoco nos permitimos determinar el tiempo, que nuestros primeros padres permanecieron fieles á Dios; ni á las nuevas condiciones en las cuales, quizás, se hallará la tierra, después de la muerte de todos los hombres, y del juicio final.

Pudieramos nosotros, para determinar la duración del mundo, servirnos, como lo han hecho otros, de la interpretación de diferentes parábolas, de actos y milagros del Salvador; de los cuales deduciríamos, co-

mo ellos, con alguna probabilidad, que el mundo debe durar unos seis mil años, y que, por consiguiente, nos hallamos ya, en el fin de la sexta y última parte del tiempo; pero, preferimos apoyarnos en los textos más claros y precisos, sobre cuyo sentido es difícil equivocarse; puesto que, en semejante materia, sobre todo, vale mas, en nuestro concepto, la calidad de los textos, que su número.

San Pablo y San Juan, en sus Epístolas, nos suministran datos generales, que indican una duración de unos seis mil años.

En el año 4050, poco más ó ménos, según el cómputo ordinario, el Apóstol de las gentes decía á los Corintios: I CORINTH. X, 11. *Nos ad quos fines seculorum deveniunt* (1). El Apóstol de la caridad, en su primera Epístola, II, 18, se expresaba en esta forma: *Filii, novissima hora est, et nunc audistis quia Antichristus venit, et nunc Antichristi multi facti sunt: undè dicimus quia novissima hora est* (2). Y en el CAP. IV, 3, añadía: *Et omnis Spiritus qui solvit Jesum, ex Deo non est, et hic est Antichristus de quo audistis quoniam venit, et nunc jam in mundo est* (3).

Las palabras de san Pablo, son puramente afirmativas: las de san Juan, son, además, motivadas: «Es la última hora, dice, porque el Anticristo, que debe venir al fin, ha venido ya.»

¿Qué significa este language? ¿Entre las dos partes de esta frase, ¿no hay una contradicción manifiesta? ¿Cómo puede el Anticristo venir al fin de los tiempos, y hallarse ya en el mundo, en los albores mismos del Cristianismo?

Sin embargo, no es tan difícil como parece á primera vista, el conciliar estos extremos. San Juan nos lo explica, cuando asegura, que es Anticristo el que niega la divinidad de Jesucristo, que la rasga, la desune, y no vé en su sagrada persona sino la naturaleza humana (*qui solvit Jesum*).

(1) Nosotros; que nos hallamos al fin de los siglos.

(2) Hijos míos, esta es ya la última hora; y así como habéis oído que viene el Anticristo, así ahora muchos se han hecho Anticristos: por donde echamos de ver, que es ya la última hora.

(3) Y todo espíritu que desune á Jesús, no es de Dios, antes esto es espíritu de el Anticristo, de quien tenéis oído que viene, y ya desde ahora está en el mundo.

Ahora bien; como desde los tiempos apostólicos hubo hombres, que hicieron esa división y esa negación, no cabe duda, que eran Anticristos, adversarios, enemigos de Cristo; y, en este concepto, semejantes al hijo de perdición, que ha de venir al fin del mundo.

Esos Anticristos, precursores del que realizará la abominación de la desolación (1), no parecerían antes del establecimiento del Cristianismo; porque, á pesar de sus extravíos y de su corrupción, el mundo, antes del nacimiento y de la predicación del Salvador, suspiraba por la venida del Mesías. Con ansiedad igual á la del pueblo hebreo, le aguardaban los paganos, los idólatras, y los sectarios de Zoroastro, y de Confucio. De todos los puntos de la tierra, subía al cielo una aspiración inmensa, á fin de conseguir que las nubes lloviesen al Justo (2); no había un solo hombre que protestara contra él; porque cada uno, se lo representaba conforme á sus ideas y miras particulares; de suerte, y es incuestionable, que la raza de los Anticristos no comenzó hasta la aparición de nuestro divino Maestro, quien no logró satisfacer las opuestas y encontradas esperanzas de los míseros mortales; y que, desde entonces, fué destinado para ser el blanco de la contradicción: *et in signum cui contradicatur* (Luc. II, 34), según la profecía del santo anciano Simeón.

Luego, si la existencia de los enemigos del Mesías no ha empezado sino á la última hora, *novissima hora*, es porque el mismo Mesías no ha venido sino á esta misma última hora.

Si, conforme lo asegura san Juan, el Cristianismo ha aparecido á la última hora; y si, según san Pablo, en los tiempos apostólicos, había principiado ya, el último período del mundo; podemos, por medio de un sencillo raciocinio, determinar, poco más ó ménos, la época del fin de los tiempos.

Los siglos que debían mediar, entre el nacimiento del Redentor, y la consumación del mundo, no podían formar la mitad de la vida terrestre del género humano; porque á ser así, Jesucristo hubiese nacido en medio de los tiempos; y en este caso, los dos

Apóstoles, contemporáneos del divino Maestro, no hubieran podido escribir, que se hallaban en el último período de los siglos, y hasta en la hora postrera.

Si los siglos que habían de durar, desde la misma época, no pudiesen pasar de la cuarta parte de la duración del mundo, como los 4004 años, ya transcurridos, hubieran formado las tres cuartas partes, es evidente, que la cuarta, que faltaba aún á recorrer, debía elevarse al número de 4334 años; en cuyo caso, el mundo hubiera acabado en el año 1334 de la era cristiana: lo que no se ha realizado.

Mas, si es cierto que la duración del Cristianismo no ha de llegar á la mitad, de todo el tiempo, pero, si, que ha de exceder la cuarta parte del tiempo señalado á la existencia del mundo, es claro, que debe limitarse aproximadamente al tercio de la totalidad de dicho tiempo, puesto que, entre la mitad, y la cuarta parte, no puede interponerse más que el tercio.

Adoptando este cómputo, si los 4004 años que precedieron á la venida del Salvador, forman los dos tercios de la duración del mundo, el último tercio, que es el de la duración de la Iglesia, debe acercarse á dos mil años, y, por consiguiente, el género humano debe habitar la tierra unos seis mil años.

II. A este cálculo aproximativo, podemos añadir la afirmación precisa y profética de San Pedro, en su segunda Epístola (III. v. 3 hasta el 10): «*Hoc primum scientes* » *quòd veniat, in novissimis diebus, in de-* » *ceptione illusores, iustá proprias concu-* » *piscencias ambulantes, dicentes: Ubi est* » *promissio aut adventus ejus? ex quo enim* » *patres dormierunt, omnia sic perseverant* » *ab initio creature. Latet enim eos hoc vo-* » *lentes, quòd celi erant prius, et terra,* » *et aqua, et per aquam consistens Dei Verbo:* » *per quæ, ille tunc mundus aqua inundatus* » *perit. Celi autem, qui nunc sunt, et terra,* » *eodem verbo repositi sunt, igni reservati* » *in diem iudicii, et perditionis impiorum* » *hominum. Unum vero hoc non lateat vos,* » *charissimi, quia unus dies apud Dominum* » *sicut mille anni, et mille anni sicut dies* » *unus. Non tardat Dominus promissionem* » *suam, sicut quidam existimant: sed patienter agit propter vos, nolens aliquos perire,* » *sed omnes ad penitentiam reverti. Adve-*

» *niat autem dies Domini ut fur: in quo cæli* » *magno impetu transient, clementia verò* » *calore solventur, terra autem, et qui in* » *ipsa sunt, exurentur (1).»*

Por la lectura de este pasaje, puede cualquiera convencerse, de que el Vicario de N. S. J. C., se propuso armar á los fieles de los últimos tiempos, *in novissimis diebus*, contra los mentirosos, y embaucadores, que vendrán en aquella sazón; considerando los unos, que está muy lejano todavía el término final del mundo; y empuñándose otros, en negar hasta la posibilidad misma de este fin, y de la última venida de Jesucristo.

Con este motivo los recuerda, que los siglos y la tierra no existen por sí mismos, sino que fueron creados por la palabra de Dios; que, por lo mismo, puede, con esta

palabra, destruirlos ó transformarlos. Les asegura, que habiendo manifestado el divino Maestro, que vendrá al fin de los tiempos; cuando suene la hora marcada por su Padre celestial, no diferirá el cumplimiento de su promesa. Añade, que las ilusiones que tanto acarician los hombres ciegos, acerca de su venida, serán la causa de que los sorprenda y venga para ellos como ladrón; que al mismo tiempo pasarán los cielos, que vendrán en aquella sazón; considerando los unos, que está muy lejano todavía el término final del mundo; y empuñándose otros, en negar hasta la posibilidad misma de este fin, y de la última venida de Jesucristo.

Con este motivo los recuerda, que los siglos y la tierra no existen por sí mismos, sino que fueron creados por la palabra de Dios; que, por lo mismo, puede, con esta

No pudiendo oponerse á esta interpretación nada que sea verosímil, y si ninguna plausible, debe admitirse, ó cuando ménos respetarse. Quizás se objetara, que con estas palabras: *Et mille anni sicut dies unus*, el Apóstol quiso manifestar, cuán breve es el tiempo delante de Dios, y de su eternidad. Es verdad, que este texto aislado, y separado del resto de la frase, de lo que le precede, y de lo que le sigue, puede, moral y realmente tener este sentido; pero si se une, como lo hace el Apóstol, con las demás partes del texto, que dejamos transcrito, y especialmente, con el primer miembro de la frase del versículo 8: *Unus dies apud Dominum sicut mille anni*, preciso será convenir, en que el sentido que se dá á las palabras en cuestión, no puede ser razonablemente admitido; pues es evidente, que si San Pedro hubiese solo querido decir, que delante de Dios, el tiempo era breve, hasta el punto, que mil años eran como solo un día, no hubiese empezado por anunciar lo contrario; sosteniendo, que delante del mismo Dios, el tiempo era largo; de modo, que un solo día, era como mil años.

La mente, pues, del apóstol, al escribir

(1) Abominationem desolationis, Math. XXIV, 15.

(2) Et nubes pluant justum, Isaías, XLV, 8.

el versículo 8, fué fijar la época de la consumación del mundo, y de la última venida del Hijo de Dios; porque precisamente esa consumación, y esa venida, son lo que los impíos impugnarán, ó diferirán cuanto puedan. Era necesario, para el bien de los fieles, no solo garantizarles el exacto cumplimiento de los acontecimientos vaticinados por el Salvador, si que también, precisar, aproximativamente, la época, para fortalecerles, y prevenirles, á la vez, contra las alarmas y temores exagerados, que podrían abrumarles ántes de los tiempos al efecto designados: alarmas y temores que, como es notorio, tomaron un carácter muy serio en el año 1000 de nuestra era.

Si la duración del mundo ha de ser de seis mil años, el tiempo se halla dividido en tres partes iguales, y en tres leyes. Comprende la primera, los dos mil años de la ley natural; la segunda, abraza los dos mil años de la ley de la circuncisión, ó hebraica; y la tercera, contiene los dos mil años de la ley de gracia, ó del Cristianismo; estas tres leyes, sin embargo, no forman sino una sola ley, que se resume en el Mesías prometido, en el Mesías anunciado y figurado, y en el Mesías venido; y que se desenvuelve, al través de los siglos, según las exigencias y las necesidades de esos tres acontecimientos.

La opinión, que acabamos de exponer, es de Holtzauer; aunque no la ha emitido y demostrado de un modo categórico; pero se desprende del conjunto de su Comentario; y parece plantearla, especialmente al colocar el nacimiento del Anticristo en nuestro siglo, y su persecución contra la Iglesia en el siglo siguiente.

III. No faltarán, tal vez, algunos, que juzguen, que nuestra opinión debe ser rechazada como contraria á estas palabras del Salvador: *De die autem illi nemo scit, neque Angelus caelorum, nisi solus Pater.* (MATTH. XXIV. 36.) *Ideo estote parati, quia, quæ necessitas horæ, Filius hominis venturus est* (1). (IBID. 44.) Mas, en esta parte, su raciocinio, además de falso, fuera inexacto; porque, si el día preciso, si la hora de aquel

(1) Mas en órden al día y á la hora nadie lo sabe, ni aun los Angeles del cielo, sino solo mi Padre... Pues asimismo estad vosotros igualmente apercebidos: porque á la hora que ménos penséis, ha de venir el Hijo del hombre.

día, son desconocidos á los hombres, y á los Angeles; si el mismo Redentor no los conoce, sino en cuanto es Dios y una misma cosa con su Padre celestial; no se sigue de aquí, que la época aproximativa se oculte á los hombres. La Iglesia de Jesucristo, con quien estará hasta la consumación de los siglos su divino Fundador, y á la cual en ningún tiempo ha de faltar la asistencia del Espíritu Santo, no se equivocará, nó, acerca de las señales, de los hombres, y de las cosas, que deben aparecer y acontecer poco antes del fin del mundo; la Iglesia reconocerá perfectamente á Elias, á Enoch, y al Anticristo; para que todos los fieles y la tierra toda los conozcan; y obrando así, dirá, con esto mismo, al universo entero: «El mundo toca á su fin; la última venida del Hijo del hombre está cerca; tocamos á la Eternidad (1).

(1) Extracto de la obra de Sor Natividad: (En el tom. 4. pág. 311, edición de 1819.) Sor Natividad, hablando de la duración del mundo, se expresa así (*):

«J. C. se me apareció, y con triste semblante me dijo: La escena del mundo pasa; y se acerca el día de mi última venida. «Cuando el sol toca á su ocaso, dícese, que el día se va, y que la noche llega... Todos los siglos juntos, son un día delante de mí; juzga, pues, de la duración que debe tener el mundo, por el espacio que aún le queda al sol que recorrer. Yo miré con atención, y juzgué que, á lo más, faltaban dos horas para que el sol llegara á su ocaso. «Observé igualmente, que el círculo que describía, conservaba cierto término medio, entre los días largos, y los días cortos del año. No olvidés, añadió el Señor, que no se debe hablar ya de mil años de duración del mundo; pues no le quedan ya mas que un corto número de siglos..... » (T. IV, pág. 125.) «¡Ay del último siglo!..... Empezé á mirar..... el siglo que había de comenzar en 1800; vi..... que el juicio no se verificaba.... Consideré... el siglo de 1900, casi hasta su fin. Nuestro Señor me dió á conocer, y

(*) Sor Natividad, nacida en 1731, murió en 1808. Era Religiosa lega en el convento de las Ursulanistas de Fougères, Obispado de Rennes.

Los hombres, que vivirán en los últimos años, podrán dudar acerca de la época fija del fin del mundo, á causa de la incertidumbre de la cronología. Se opina generalmente, que el nacimiento del Salvador tuvo lugar en el año 4004 de la creación del primer hombre; sin embargo, no tenemos certidumbre sobre el particular, pues en el Martirologio hallamos un cálculo diferente. Esa falta de firmeza, que Dios ha permitido, será por sí sola más que suficiente, para que los que vivan al fin de los siglos, incluso los mismos fieles, ignoren, si serán, ó no serán testigos del último cataclismo; y para que se persuadan, que no han de presentarlo, puesto que el hombre propone, naturalmente, á alejar, cuanto le sea posible, todo lo que le infunda terror.

§ II. LAS SIETE IGLESIAS DEL ASIA SON LAS SIETE EDADES SUCESIVAS DE LA IGLESIA UNIVERSAL, DESDE EL PRINCIPIO DEL CRISTIANISMO, HASTA EL FIN DE LOS TIEMPOS.

Quando hemos tratado de averiguar las raíces de las voces y nombres propios contenidos en el Apocalypsi, hemos observado; que la palabra *Asia*, en griego, (pues este libro fué escrito en griego), se deriva de un nombre, que significa *barro*, *cielo*. No ha dejado de sorprendernos este pequeño descubrimiento: desde luego nos ha ocurrido la idea, de que la divina Sabiduría, había dispuesto recordarnos, por medio de esta palabra, que si nuestra alma ha sido hecha á imagen y semejanza de Dios (1), nuestros cuerpos han sido formados del polvo de la tierra, la cual es, bajo este punto de vista,

«al propio tiempo me dejó en la duda, si el juicio se verificaría al fin del siglo de 1900, ó mas bien, en el de 2000; pero lo que yo he visto, es, que si el juicio acontece en el siglo de 1900, no tendrá lugar sino hacia su fin; y que si pasa de este siglo, el de 2000 no pasará sin realizarse.»

(1) *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* (Gen. 1, 26.)

nuestra madre; de donde sería lícito inferir, que el *Asia*, de la que habla el Apóstol, es la Iglesia madre, la Iglesia universal; lo cual nos ha conducido á considerar las siete Iglesias de Asia, como los siete períodos sucesivos de la duración del Cristianismo en la tierra.

Idéntico resultado se consigue, leyendo la historia de las siete Iglesias, tal cual viene trazada por San Juan; pues, son tan profundas las diferencias, que ofrecen al que las estudia con alguna detención, que, si se toman los textos en su sentido natural, no es posible afirmar, que estas Iglesias hayan existido á la vez; y nos ofrecen ciertas señales, que sirven para distinguir los tiempos.

En efecto, resistiese á la razón, el que se confunda la época del martirio de San Antipas, ocurrida en el siglo IV, con motivo del Arrianismo, mientras existía la Iglesia de Pergamo, con la Iglesia de este mismo nombre, que trescientos años antes figura, durante la vida de San Juan. No es ménos irracional pretender, que la grande idea de Tyatira, que *descuello sobre las demás*, fuese la que con igual nombre existía en los primeros años del Cristianismo, y que, á imitación de sus hermanas, tantas penas y tribulaciones sufria. Por poco que se medite, no se puede colocar la lastimera Iglesia de Sardis, tan floja y tan relajada, en una época en que los fieles ostentaban su fervor y una abnegación heroicas por su divino Maestro, y por amor suyo corrían con avidez al martirio.

Finalmente, están conformes con esta opinión los expositores todos de las profecías de San Juan, y particularmente Holtzauer; quien ha basado sus Comentarios sobre esta division. Por este motivo no insistiremos en demostrar una opinión, que ha pasado á ser inconcusa y general, casi como un axioma.

§ III. DOS EDADES SUCESIVAS SE ENLAZAN, Y COEXISTEN JUNTAS; DURANTE CIERTO PERÍODO DE SU DURACION.

Una vez admitido, que las siete Iglesias, de que se trata en los capítulos II y III del Apocalypsi, son realmente las siete edades sucesivas de la Iglesia universal, preciso

es reconocer la verdad de la proposición, que forma el título del presente párrafo.

En el orden físico, puede una cosa material terminar en un momento dado, y, en el acto mismo, comenzar la que sigue inmediatamente, después de terminada la primera. Mas, no sucede lo mismo en el orden moral; porque en este orden, para obtener un cambio, es necesario que el germen exista en los espíritus, ó en algunos de ellos; que crezca, se desarrolle, luche contra las tendencias que habían domado hasta entonces; y, por último, que triunfe de ellas, y las elimine por completo; pero este germen retoña, se agranda, y lucha en la edad que le ha precedido, y a la cual ha dejado de pertenecer, de modo, que las dos edades viven juntas en cierto período de su duración, y el término de la una, coexiste con el principio de la otra.

Importa mucho no perder de vista esta observación, que el venerable Holzauer ha consignado en su Comentario (T. I, página 82, de la traducción francesa de M. de Wullerret), y que se halla indicada en casi todas las obras escritas sobre esta materia; pues facilita la inteligencia de muchos pasajes de la revelación de San Juan, y especialmente los relativos al final de la quinta edad, y al principio de la sexta.

§ IV. DIVISION DEL APOCALYPSI.

I. El libro de san Juan es una profecía, que nos ofrece la historia de la religion y del mundo, desde nuestro Señor Jesucristo, hasta el fin. Su sentido es profundo, pero no incomprendible, ni cerrado á todas las inteligencias; á medida que el género humano se acerque á los postreros siglos, se desarrollarán cada vez más los acontecimientos vaticinados, y será más fácil sondearlos y conocerlos. Tanta luz arrojarán los sucesos, que no será posible engañarse; y este libro, hasta nuestros días misterioso, será por todos conocido: *Plurimi pertransibunt, et multiplex erit scientia* (1). (DANIEL, XII, 4.)

(1) Muchas generaciones pasarán sin entenderle; más tarde se difundirá su inteligencia, y de muchos modos.

Para formarse una idea exacta y completa de un libro oscuro, no hay mejor método que dividirlo. No hemos vacilado en adoptar este método, respecto del Apocalypsi, procurando, según aconseja el criterio católico, armarizar nuestra division con los textos sagrados.

Hemos observado, que los once primeros capítulos, conducen al lector desde la cuna del Cristianismo, hasta el fin del mundo, y hasta el juicio universal; de lo cual hemos concluido, no sin razonables motivos, que dichos capítulos contienen la historia completa de nuestra religion, bajo diferentes puntos de vista.

Dejando aparte los capítulos XXI y XXII, que tratan del Cielo y de la Jerusalem celestial, después del juicio universal, nos ha llamado la atención el capítulo XX, consagrado exclusivamente al encarceramiento y subsiguiente sultura de Satán, á su acción, ó inacción en la tierra: su detenido estudio nos ha inducido lógicamente á creer, que este capítulo nos ofrece la historia de toda la Iglesia en orden á las seducciones de Satán, y de los tiempos en que no le será permitido extraviar á los moradores de la tierra.

Después de esto, nuestras tareas han quedado concretadas á los capítulos XII y siguientes, hasta el XIX inclusive. Ya hemos notado, que el capítulo XII empieza por un esfuerzo extraordinario del *Dragon decemumal, el Diablo y Satán*, y hemos creído descubrir en esta acción, la sultura del demonio al fin de los mil años, que han seguido á su primera seducción; y el principio de la segunda, en la misma forma que se hallan someramente expuestas en el capítulo XX. Nos parece, que tanto este capítulo XII, como los siguientes, contienen la historia más circunstanciada del imperio de Mahoma, de los últimos tiempos, y de los acontecimientos que han de preceder al fin del mundo; historia compendiada en los once primeros capítulos. Esta idea se ha robuscado en nuestro espíritu, leyendo detenidamente los capítulos XIII hasta el XIX.

En esta parte, estamos conformes con el parecer del venerable Holzauer; quien (en el tom. 1.º, pág. 517, de la traducción francesa de Mr. de Wullerret) dice, que aquellos capítulos (XII hasta el XIX) describen de un modo más especial los reinos de Mahoma, del Anticristo, y las últimas plagas; porque, según su opinión, en los once

capítulos primeros, san Juan no ha hecho mas que indicar, en términos generales, lo concerniente á los últimos siglos.

II. Al examinar estos once primeros capítulos, hemos observado, que en los capítulos II y III, se trata de siete Iglesias; y en los capítulos VI, VII, y VIII de siete sellos; y en los capítulos VIII, IX, y XI, de siete Angeles que tocan la trompeta; y desde luego nos hemos propuesto averiguar, qué es lo que significan estas cosas.

Una lectura detenida de los textos, nos ha sugerido la idea, de que las siete Iglesias eran la historia espiritual de los fieles, en orden á su fervor, ó á su relajación: que las siete trompetas, nos refieren la historia del mundo, en orden á la conducta de los malos; y, finalmente, que los siete sellos, contienen la misma historia, pero bajo el punto de vista de los acontecimientos públicos, que cambian la faz de las sociedades, conforme predomina en ellas el bien, ó el mal.

¿Con qué fundamento, empero, atribuimos á las Iglesias, á las Trompetas y á los Sellos, el carácter histórico que respectivamente les señalamos? La razon de nuestra conducta está en el mismo texto. En los capítulos II y III, hablase de las Iglesias; y dice, que la Iglesia es la congregación de los fieles, bajo la direccion de sus legítimos pastores; los textos relativos á las trompetas, anuncian siempre obras malas y calamidades; y los siete sellos, anunciando, ora el bien, ora el mal, no pueden designar de una manera especial á los buenos, ni á los malos; y, en este concepto, deben considerarse únicamente, como el resultado de la lucha permanente entre el bien y el mal, y de los acontecimientos públicos, que nacen de este combate.

III. En cuanto á las siete plagas, sucesivamente derramadas sobre la tierra por los siete Angeles, que tienen las siete copas, figuran, en nuestro concepto, los siete azotes que Dios ha de castigar al mundo en sus días postreros (*notissimas plagas*, cap. XV, v. 1); aunque se pueda, con algun fundamento, aplicarlas á las siete edades de la Iglesia.

IV. El venerable Holzauer difiere de nuestra opinion, con respecto á los seis últi-

mos sellos, y á las siete trompetas; después que, como nosotros, ha entrevisto, en el primer sello, el triunfo de Jesucristo sobre el paganismo, no ve en los seis restantes, sino las persecuciones; y en las siete trompetas, á los heresiarcas, y los errores á que estos dieron origen. En el decurso de esta obra probaremos, que su parecer, exacto y verdadero en algun punto, es, en lo demás, sistemático y falso, puesto que, algunas veces no lo apoya en texto alguno, sino que más bien los violenta.

V. Sin Juan consaró dos capítulos á las siete Iglesias: en el II, incluyó las cuatro primeras; y en el III, las tres últimas.

Lo mismo sucede en orden á las trompetas: cuatro, se hallan expuestas en el capítulo VIII; y las otras tres, obran separadamente, en los capítulos IX y XI.

Las tres últimas trompetas, en nada se parecen á las que le anteceden; representan tres tiempos aciaños sobre toda ponderación: (*Et vidi et audivi vocem unius angeli volantis per medium caeli dicentis voce magna: Vae, vae, vae habitantibus in terra, de cuberia vocibus trium angelorum qui erant tuba canitur* (1); cap. vii, 13.)

Esta diferencia, en la division de las Iglesias, y de las trompetas, nos hace conjeturar, que cada una de estas trompetas, debe enlazarse con otra de las Iglesias, según el orden número, que respectivamente ocupan en el texto sagrado; y hablando del principio, que las tres últimas trompetas anuncian tres azotes (*vae*), hemos sacado la consecuencia, que se refieren á las tres últimas Iglesias. Abrigamos la convicción, de que lo que ahora calificamos de conjetura, se trocará, para nuestros lectores, en certeza, ó poco ménos, cuando en la segunda parte de este libro desarrollemos la materia.

VI. La division exterior de los siete sellos es muy diferente. De los seis primeros se habla en el capítulo VI; y el sello 7.º sirve de introducción al capítulo VIII. Si se atiende al silencio profundo, aunque de corta duracion, de media hora, que en el

(1) Entónces miré, y oí la voz de una águila, que iba volando por medio del cielo, y diciendo á grandes gritos: ¡Vae, vae, vae de los moradores de la tierra, por causa del sonido de las trompetas que los otros tres Angeles han de tocar!

cielo se observa al abrirse este último sello, (*Et cum aperuisset signum septimum factum est silentium in caelo quasi media hora*, cap. viii, 1), se podrá de esto inferir, con razon, que este sello ha sido separado de los otros, á causa de la indole especial de su destino: que este silencio indica la casi desaparicion de la Iglesia, que se escondió durante la persecucion del Anticristo; mientras que en las épocas de los seis primeros sellos, existia de una manera exterior y pública, a pesar del encarnizamiento de sus perseguidores, y de los ataques de que era objeto.

Un detendo exámen de los sellos, y de las palabras que se emplean en su descripcion, nos dará por resultado, que la division y la separacion entre ellos establecida, son idénticas á las que existen entre las cuatro primeras Iglesias, y las tres últimas; las mismas, que entre las cuatro primeras, y las tres restantes trompetas.

Generalmente hablando, convienen los expositores, en que los cuatro animales, de que se habla en los capítulos IV y V del Apocalypsi, son los cuatro Evangelistas.

El primer animal, toma la palabra á la apertura del primer sello, y aparece el caballo Blanco, emblema de N. S. J. C., que se adelanta á la conquista del mundo (4).

El segundo animal, habla al abrirse el segundo sello, y sale el caballo Bermejo, que figura las persecuciones del imperio Romano (2).

El tercer animal, hace oír su voz cuando se abre el tercer sello, y se presenta el caballo Negro de las heregias (3).

El cuarto animal, habla á la apertura del cuarto sello, y aparece el caballo Palido montado por la Muerte, que es la infidelidad y el anticristianismo de Mahoma (4).

Mas al abrirse los tres últimos sellos (5), nadie toma ya la palabra para indicar lo que va á suceder; este silencio, revela una diferencia muy significativa entre los cuatro primeros sellos, de una parte, y los tres últimos, de la otra. ¿Qué significa esta diferencia? Cuando al abrirse los cuatro primeros sellos, los cuatro animales dicen: Venid y ved (*veni et vide*); no nos dan á entender con bastante claridad, que cuanto acontece,

(1—2—3—4) Cap. vi, v. 1. 2. 3. & 5. 6. 7. 8.

(5) Cap. vi, v. 9. hasta 17. cap. viii, v. 1.

durante aquellos tiempos, es enteramente nuevo, y nunca visto en la tierra? Su inacion y su silencio, en órden á los tres últimos sellos, ¿no significan, al parecer, que en los actuales y sucesivos acontecimientos, nada nuevo han de ver los hombres; y que en estos tres últimos sellos, verán la aplicacion mas explicita y el mas completo desarrollo de los principios disolventes, entronizados en los cuatro primeros?

VII. Holzauer, en su Comentario, ha omitido por completo la division de las Iglesias, de los sellos y de las trompetas, que puede muy bien llamarse la geografía del Apocalypsi; difiere de nuestra opinion, en lo relativo á la significacion del silencio, que se observa á la apertura del séptimo sello; pero conviene con nosotros, en que este sello figura el predominio de la Impiedad, toda vez, que la identifica con el reino de Juliano el apóstata: de lo que resulta, que solo bajo el punto de vista cronológico, no está de acuerdo con nosotros. Nuestros lectores fallarán, entre su opinion, y la nuestra.

VIII. Conforme á la exposicion, que venimos haciendo, las Iglesias, los sellos y las trompetas, representan las siete edades sucesivas de la Iglesia universal. La primera Iglesia, el primer sello, y la primera trompeta no son otra cosa, que la historia de la primera edad, bajo tres distintos conceptos, segun tenemos ya dicho. La de la segunda edad, viene trazada en la segunda Iglesia, en el segundo sello, y segunda trompeta; y así de las demás, hasta la séptima edad, que se halla expuesta en la última Iglesia, el último sello y la última trompeta; salvo una ligera modificacion, que luego indicaremos.

En cuanto á las siete alabanzas, que se leen en el capítulo V, v. 12: *Dicentium voce magna: Dignus est Agnus, qui occisus est, accipere virtutem, et divinitatem, et fortitudinem, et sapientiam, et honorem, et gloriam, et benedictionem* (1); nadie desconoce en ellas los siete homenajes, que los moradores del cielo y los justos de la tierra, tributan al Cordero, en cada una de las edades.

(1) Las cuales decían en alta voz: Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria, y la bendición.

des de la Iglesia, ora, para honrarle; ora, para indemnizarle de los ultrajes que recibe; de suerte, que cada alabanza corresponde y se relaciona con la Iglesia, con el sello, y con la trompeta, que ocupan el mismo lugar en su respectivo órden numérico.

§ V. DE LOS DIFERENTES COLORES DE QUE HABLA EL APOCALYPSI.

Al recorrer el libro de san Juan, observamos, que se sirve de varios colores, cada uno de los cuales ha de tener una significacion especial; pues, en una profecía, nada carece de significado, nada debe pasar desapercibido.

Estos colores son cuatro, á saber: el Blanco, el Bermejo, el Negro, y el Palido y Cadavérico. Dos matices se señalan al color Bermejo, el de Fuego y el de Escarlata ó de sangre.

El color Blanco representa la verdad, el bien, el Cielo. Así es, que N. S. Jesucristo, ó su Angel, viene representado con la cabeza y los cabellos blancos. (*Caput autem ejus et capilli erant candidi tanquam lana alba, et tanquam nix* (1). APOCAL. I, 14.) Tambien es blanca la piedrecita con que Jesucristo premia al vencedor en la tercera Iglesia (*Et dabo illi calculum candidum* (2), Ibd. II, 17); blancos son los vestidos de los escasos fieles de la quinta Iglesia (*Et ambulabunt mecum in albis, quia digni sunt. Qui vicerit, sic vestietur vestimentis albis* (3); Ibd. III, 4 et 5); blancos los vestidos de los Cristianos de la séptima Iglesia. (*Suaedo tibi... ut... et vestimentis albis induaris* (4), Ibd. III, 18); blancas las ropas de los venidos y cuatro ángeles en el Cielo (*Circumdedit vestimentis albis* (5), Ibd. IV, 4); blancas las túnicas de los santos (*Et datus sunt illis singulae stolae albae* (6), Ibd. VI, 11); y

(1) Su cabeza, y sus cabellos eran blancos como la lana más blanca, y como la nieve.

(2) Y le dará una piedrecita blanca.

(3) Y andará con ellos vestidos de blanco. El que venciere, será igualmente vestido de ropas blancas.

(4) Acosáñote que... te vistas de ropas blancas.

(5) Revestidos de ropas blancas.

(6) Díales luego á cada uno de ellos un ropaje blanco.

blancas las vestiduras de los predestinados (*Hi qui amici sunt stolis albis, qui sunt et undé venerunt? Hi sunt qui venerunt de tribulatione magna, et laverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in sanguine Agni* (1), Ibd. VII, 13 et 14).

En todo lo que preceda de Dios, vemos el color Blanco (*Et vidit et ecce nubem candidam*, Ibd. XIV, 14. *Et exercitum septem angeli vestiti lana mundo et candido*, Ibd. XV, 6. *Et datum est illi ut cooperaret se byssino splendenti et candido*, Ibd. XIX, 8. *Et vidit caelum apertum, et ecce equus albus*, Ibd. XIX, 11. *Et exercitus qui sunt in caelo sequebantur eum in equis albis, vestiti byssino albo et mundo* (2), Ibd. XIX, 14.)

No habra, pues, temeridad, ni falta de lógica en concluir, que el caballo Blanco, que se presenta en el primer sello, no es un perseguidor, sino, al contrario; el bien, la verdad, el mismo Jesucristo. Ibd. VI, 1 et 2.

El color Bermejo tiene dos matices, el de Fuego, y el de Sangre. El Dragon, de que habla san Juan, en el capítulo XII, 3 et 4: *Et ecce Draco magnus rufus... et Draco stetit ante mulierem quae erat paritura, ut cum peperisset, filium ejus devoraret* (3), sin duda es Satán, el jefe de los Angeles rebeldes. Su color es el del Fuego del infierno, porque aquel lugar de eternas venganzas, ha sido creado para él y los cómplices de su rebelion. Por lo que atañe á la impiedad, al anticristianismo, á la gran Babilonia, y á la bestia, que le sirve de montura, se distinguen por el color de Sangre. (*Et vidi mulierem sedentem super bestiam coccineam, et mulier erat circumdata purpura et coccino* (4). APOCAL. XVII, 3 et 4.)

(1) Esos, que están cubiertos de blancas vestiduras, ¿quiénes son? y ¿de dónde han venido?—Estos son, los que han venido de una tribulacion grande, y lavaron sus vestiduras, y las blanquearon en la sangre del Cordero.

(2) Y los ejércitos que hay en el cielo, le seguian vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, en caballos blancos.

(3) Holzauer ha formado del color blanco el mismo juicio que nosotros. (Tom. 1, pág. 208. Traducción de Wullierel.)

(4) Era un dragón desconocido bermejo. Esta dragon se puso delante de la mujer que estaba para parir, á fin de tragársela al hijo, luego que le hubiese dado á luz.

(5) Y vi á una mujer sentada sobre una bestia bermeja... Y la mujer estaba vestida de púrpura y de escarlata.

Estamos, por lo visto, debidamente autorizados para pensar, que el caballo *Bermejo*, que salió al abrirse el segundo sello, es la persecución que ejercen los impíos por sugestión de Satán.

El color *Negro*, no representa la muerte, sino el extravío, el estado del hombre, que no sabe, ni dónde se halla, ni á dónde va; á quien falta la luz para dirigir sus pasos, y que se halla envuelto en las tinieblas de la noche y del error. (*Et vidi, cum aperuisset sigillum sextum... Et sol factus niger tamquam soccus siliquius* (1), APOCAL. VI, 12). Esto nos permite creer, que el caballo *Negro* del tercer sello, significa la herejía. (APOCAL. VI, 5 y 6.)

En cuanto al color *Pálido* y *Cadavérico*, no es dable interpretarlo por la noche del error, que conserva un resto de vida en algunas verdades de que no ha podido desprenderse; preferimos considerarlo como figura de la muerte, de la muerte verdadera y total; en consecuencia, la infidelidad, y el anticristianismo es lo que vemos figurado en el caballo *Pálido* del cuarto sello; y la circunstancia de ser un esqueleto, la misma muerte, el gineco que montaba aquel cuadrúpedo, justifica nuestro modo de ver. (APOCAL. VI, 7, 8.)

Por medio de estos datos, que nos parecen plausibles, por lo mismo que brotan de los mismos textos sagrados, pueden apreciarse las opiniones emitidas por Holzauer relativas á los siete sellos, y resolver, si las *Conjeturas*, que sometemos al criterio de nuestros lectores, son mas racionales, y están más en armonía con el Apocalypsi.

§ VI. EXPLICACION DEL CAPITULO VIGÉSIMO DEL APOCALYPSI.

I. Hemos dicho, que el capítulo XX del Apocalypsi, es la historia de la Iglesia, y del mundo, bajo el aspecto de la acción ó de la inacción de Satán. Nos hemos comprometido á demostrarlo; y las pruebas nos conducirán, como por la mano, á deslindar

(1) Vi esimismo como abrió el sexto sello... y el sol se puso negro como un saco de cilicio.

el verdadero sentido del reinado de *mil años*, y de la *segunda muerte*.

De los términos en que está concebido el capítulo vigésimo, resulta, que el Demonio ejerce dos seducciones; que, después de la primera, es encadenado por el tiempo de mil años; y que, expirado este plazo, se le suelta otra vez, entregándose desde luego á una segunda y mas terrible seducción, que nos lleva hasta los dias postreros.

La primera seducción, no se prueba con la misma claridad que la segunda, puesto que el capítulo empieza, mostrándonos el Angel en el acto de encadenar á Satán por mil años; sin embargo, existe en realidad, y la atestigua el Angel, cuando, al precipitar á Luzbel en el abismo, declara los motivos de este encierro; esto es: á fin de que no engañe á las naciones por mas tiempo, ni con el empeño que hasta entónces lo habia hecho (*ut non seducat amplius gentes*, APOCAL. XX, 3). El lenguaje del Angel prueba, que el Demonio habia seducido á las naciones hasta aquel momento; testifica la realidad de la primera seducción; y el desarrollo que dá á la segunda; mientras que, siendo tan conciso al hablar de la que ha precedido al reinado de mil años, parece significar, que la segunda será mas terrible.

No cabe decir, que el encadenamiento de Satán principió en los primeros dias del Cristianismo, y que la primera seducción fué el imperio de la idolatría y del paganismo, antes de la venida de N. S. Jesucristo. En los primeros tiempos de la Iglesia, Luzbel andaba realmente libre y suelto por la tierra, para que el triunfo del *Hijo del hombre* fuera mas brillante. Era Luzbel el que aconsejaba á los principes de los sacerdotes la crucifixión del Salvador; el que inducía á los Judíos á sacrificar á los primeros cristianos; el que, durante trescientos años, armaba á los Romanos, antes tan poco hostiles al Salvador, que habian continuado su nombre en el catalogo de los dioses del Imperio. El Apocalypsi demuestra esta sultura en la segunda edad, con estas precisas palabras del capítulo II, 10: *Ecce misurus est diabolus aliquos ex vobis in carcerem*. Habiendo cesado las persecuciones, Luzbel echó mano de otros medios; suscitó las herejías por medio de Arrio, Macedonio, Pelagio, Nestorio, Enriquez, los Dacotas, los Monotelitas, los Iconoclastas. Otro testimonio fehaciente de la acción

libre y directa de Luzbel ha consignado san Juan, diciendo en el capítulo II, 13: *Scio ubi habitas, ubi sedes est Satanae... In diebus illis Antipas testis meus fidelis, qui occisus est apud vos ubi Satanas habitat*. Y todas estas persecuciones, y herejías habian desaparecido en tiempo de Carlomagno, cuando este gran rey de Francia y emperador de Occidente, hizo donación á la Iglesia Romana de los Estados, que posee.

¿Cuál es, pues, el tiempo de esa primera seducción? No creemos equivocarnos, fijando su principio en el nacimiento de N. S. J. C., ó sea el año 4004; y su fin, al expirar el siglo VIII, cuando Carlomagno constituyó el reino y la independencia temporales de la Iglesia; toda vez, que habia aquella misma época, desvaneciéndose por completo la herejía de los Iconoclastas, que fué la última.

II. Hallándose entónces encadenado Satán, el reinado de la *triple corona*, por espacio de *mil años*, hubo de empezar un poco antes del año 800 de nuestra era, y terminó en los últimos años del siglo XVIII; en cuya época, habriase principiado la segunda seducción.

Mucho se ha escrito, discutido y contra-vertido acerca de este reinado de *mil años*; pero, en nuestro concepto, nunca se ha sabido de las regiones de la hipótesis, no se ha hecho más que divagar, por no haberse estudiado con la detención debida la historia y el texto sagrado.

Hasta el tiempo de Carlomagno, la Iglesia estuvo expuesta á las invasiones y á la tiranía de los principes de la tierra: algunos la protegían; la mayor parte la perseguían, ó trataban de esclavizarla. Al mismo tiempo, apareció la herejía de los Iconoclastas, proscribiendo las imágenes de N. S. Jesucristo, de su Cruz, de su santísima Madre, el culto de los santos y de sus reliquias. Estos dos grandes males reclamaban dos no menos grandes remedios; á estas dos humillaciones, debían oponerse dos triunfos: la independencia de la Iglesia, y el culto de las reliquias y de los santos; ambos triunfos brillan en el reinado de *mil años*, que vamos á exponer.

La independencia y la soberanía de la Iglesia, han sido perfectamente bosquejadas por san Juan. En primer lugar, vió cierto número de tronos, y de personajes, que se

sentaron en ellos, y que recibieron la potestad de juzgar (*Et vidi sedes, et sederunt super eas, et iudicium datum est illis*, APOCAL. XX, 4). En este texto queda caracterizado de un modo evidente, el poder temporal de la religión, que se establece á fines del siglo VIII, y la alta supremacía, que, en la edad media, ejercieron los Sumos Pontífices sobre todos los reyes y todos los pueblos civilizados.

Con igual claridad ha expresado el culto de las reliquias y de los santos en el resto del v. 4. El Apóstol ve en seguida á las almas de los que han sufrido la muerte, dando testimonio de Cristo, y de la palabra de Dios; que no han adorado la bestia, ni su imagen; ni en sus frentes, ni en sus manos tienen impreso el señal de la misma (1); y que, durante los mil años, viven y reinan con Jesucristo. A todo esto añade, que los que han muerto por el Señor, han tenido parte en la primera resurrección (que es el galardón de los santos y antes de la resurrección de las cuerpos); que nada tienen que temer de la segunda muerte; que los demás finados no han, como ellos, vivido después de su muerte terrestre, ni han sido incluidos en la primera resurrección (*Et animas decollatorum propter testimonium Jesu, et propter verbum Dei, et qui non adoraverunt bestiam neque imaginem ejus, nec accepterunt charactrem ejus in frontibus aut in manibus suis, et vixerunt et regnauerunt cum Christo mille annis, v. 4. Ceteri mortuorum non vixerunt nec connumerantur mille anni. Haec est resurrectio prima, v. 5*).

Por lo que acabamos de ver, esta segunda frase de san Juan hace referencia al reinado de los santos, y nos parece, que representa el culto, que, sin oposición de ninguna especie, se les ha tributado en la tierra, por espacio de los *mil años*, que han transcurrido, desde que desapareció la herejía de los que rompían las imágenes (2); culto, que se ha tributado, así á los mártires (*animas decollatorum*), como á los simples confesores (*et qui non adoraverunt bestiam neque imaginem ejus*).

(1) Figurando la Bestia al anticristianismo, el cual, segun san Juan, existe desde la venida de Jesucristo, no se nos puede objetar, que la adoración de la Bestia, ó de su imagen no se refiere sino á los últimos tiempos.

(2) Iconoclastas significa destructores de imágenes.

Nadie puede rechazar nuestra interpretación, a no ser, que se pretenda, que ese reino de mil años es el reino del Cielo; pero no se nos puede oponer esta dificultad, porque los santos en el Cielo viven y reinan, no por espacio de mil años, sino por toda la eternidad: por consiguiente, ese reinado de mil años es, incontestablemente, el que obtienen en la tierra, con los honores y el culto que se les tributa.

III. Algo ambiguo, y que reclama mayor claridad, es el sentido que ofrecen estas palabras del v. 5: *Ceteri mortuorum non vixerunt donec consummatur mille anni*. Tomando el adverbio *donec* en el sentido ordinario (hasta que), podría sospechase, que los otros muertos, que no han vivido el periodo de los mil años, entraron en el goce de la vida después de haber expirado aquel plazo; sin embargo, se equivocaría el que lo sospechase, porque la palabra *donec*, en el lenguaje Bíblico y Apocalíptico, no tiene ese sentido. Algunos ejemplos bastarían para probarlo.

En el capítulo VIII del Génesis, se dice, que el cuervo, que soltó Noé, estando en el Arca, no volvió hasta que (*donec*) las aguas hubiéronse evaporado, ó retirado (dando á la palabra su significacion ordinaria); sin embargo, nos consta, que no volvió al arca: prueba irrecusable, de que el sentido de la palabra *donec* es definitivo, y no suspensivo ó resolutivo.

Refiérese en el libro segundo de los Reyes, cap. VI, 23, que Michol, hija de Saúl, y esposa de David, no tuvo hijos hasta que murió (*usque in diem mortis suae*); ahora bien, siendo imposible, que una mujer pueda concebir y parir después de su muerte, es incontestable, que Michol nunca llegó á concebir, ni á tener sucesión; y que la palabra *usque*, en el lenguaje común y vulgar, todavía mas suspensivo que *donec*, tiene en los libros sagrados un sentido definitivo.

San Mateo, en el cap. I, 5, dice, que José no conoció á María, su esposa, hasta que dió á luz á su hijo primogénito (*donec peperit filium suum primogenitum*); sin embargo, José, lo mismo que María, conservó siempre su virginidad. Este pasaje demuestra, una vez mas, que la palabra *donec* tie-

ne un sentido definitivo, y no suspensivo (1).

Esto supuesto, el versículo 5, del capítulo XX de San Juan, equivale á la siguiente proposición: «Los otros muertos no vivieron ni reinaron con Cristo, ni durante aquellos mil años, ni después, porque, sorprendidos por la primera muerte, que es la muerte del alma, no pudieron tener parte en la primera resurrección.»

IV. Segun esos datos, la muerte ordinaria, aquella que á nadie respeta, sería para los malos la primera muerte; y para los buenos, principalmente para aquellos, que careciendo de todo reato, son al instante admitidos á la eterna bienaventuranza, sería la primera resurrección. El juicio, que á la resurrección general de los cuerpos ha de seguir, sería la segunda muerte para los réprobos; la segunda resurrección para los predestinados.

Esta explicacion es el resultado del versículo 6, y de las frases siguientes: «*Beatus et sanctus qui habet partem in resurrectione* »primá; *in his secunda mors non habet potentiam; sed erunt sacerdotes Dei et Christi, et regnabunt cum illo mille anni* (2).» Tambien se desprende del versículo 14, en el cual, constituyéndose expectador de los acontecimientos, que tienen lugar después de la resurrección de la carne, y del juicio; dice terminantemente San Juan, que la condenacion eterna, que será pronunciada entónces, es la segunda muerte (*haec est mors secunda*). Igualmente se desprende del versículo 11 del capítulo II, donde recuerda á los mártires de la iglesia de Smirna, que «El que venciere, no será dañado por la »muerte segunda» (3); y del versículo 8 del capítulo XXI, en el que se declara, que el Infierno, patrimonio de los réprobos, es la segunda muerte. (*Pars illorum erit in sta-*

(1) Holzauzer (l. 1. p. 306. Trad. de Wullerel.) comenta de esta manera la palabra *quoadusque* del cap. 7. v. 3. del Apocalypsi, que equivale á la expresion *donec*.

(2) Bienaventurado, y santo, quien tiene parte en la primera resurrección; sobre los tales, la segunda muerte, que es la eterna de los réprobos, no tendrá poderío, antes serán sacerdotes de Dios y de Jesucristo, y reinarán con él mil años.

(3) Qui vicerit non ledetur á morte secunda.

gno ardentis igne et sulphure, quod est mors secunda (4).

V. Habiendo terminado el reinado de mil años, suéltase de nuevo á Satan; éste seduce otra vez á los hombres; y en mayor número (*amplius* v. 5). Sale del abismo; seduce á las naciones, Gog, y Magog, y las reúne para el combate contra Dios, en número tan considerable como las arenas del mar (*Et cum consummati fuerint mille anni, solvetur Satanas de carcere suo, et exibit et seducet gentes, qui sunt super quatuor angulos terræ, Gog et Magog, et congregabit eas in praetium, quorum numerus est sicut arena maris*, Apoc. XX, 7).

¿Quiénes son Gog, y Magog, de los cuales habla San Juan? La historia no asegura, que Magog es otro de los descendientes de Jafet, tronco de los Turcos, y de los Tartaros. En cuanto á Gog, nos parece ser el mismo Anticristo, el que vendrá en los días últimos, y por cuyo medio el demonio seducirá tanta gente, que esta seducción será la mayor posible.

Gog es el Anticristo, por la razon de que, no pudiendo como Magog, representar á un pueblo, á una colectividad de individuos, no puede dejar de ser un particular, un sujeto, que, después de haber sido seducido por Satan, se prestatá á ser su mas temible instrumento. (*Seducet gentes... Gog et Magog*.)

Efectivamente; el Gog de San Juan debe de ser el Anticristo, si el Gog del profeta Ezequiel es el mismo personaje: puesto que la identidad de nombres arguye la identidad de personas y de caracteres, cuando nada impide admitir esta identidad.

Si se leen los capitulos XXXVIII y XXXIX de Ezequiel, es imposible, que nadie ponga en duda, que el Gog, de quien en ellos se habla, sea el Anticristo; porque todas las operaciones que le atribuye el Profeta, son evidentemente las del hijo de perdition; y, además, en el versículo 17 del primero de dichos capitulos, le denuncia como tal, de un modo afirmativo, diciendo: *Te ergo ille es de quo locutus sum in diebus antiquis, in manu servorum prophetarum Israel, qui prophetaverunt in diebus illorum temporum, ut adducerem te super eos*. (2).

(1) Su muerte será en el lago, que arde con fuego y azufre: que es la muerte segunda.

(2) Tú eres, pues, aquel, de quien hablé yo

VI. Todas las apariencias, las probabilidades todas, nos inclinan, pues, á reconocer en el Gog del Apocalypsi, al hombre del pecado, para precisar el sentido general del capítulo XX de San Juan, y trazar la marcha de los acontecimientos por el órden siguiente: 1.º Seducción y actos de Satan, desde el nacimiento de Jesucristo, hasta los últimos años del siglo VIII; 2.º Reino temporal de la Iglesia, y culto de los santos, por espacio de mil años, desde esa última época, hasta el fin del siglo XVIII; 3.º Soltura y principio de la segunda seducción del Demonio, en los últimos años del siglo que ha espirado en 1800, y reino del Anticristo, precedido del de sus heraldos. Esta segunda seducción, mas extensa, aunque mas corta que la primera, desde su inauguracion se relaciona y enlaza, no solo con el capítulo XII del Apocalypsi, en cuyo versículo 3 se nos habla de un enorme dragon bermejo, el antiguo serpiente, el Diablo y Satan XII, 9, que se opone á la marcha de la Iglesia, con el objeto de perseguirla, y devorar á su hijo: *Et Draco stetit ante mulierem, quem erat paritura, ut cum peperisset, filium ejus devoraret*; si que tambien con los oráculos del Salvador, continuados en el capítulo XXIV, de San Mateo: *Videte ne quis vos seducat. Multi enim venient in nomine meo dicentes: Ego sum Christus; et multos seducet* (1). Palabras, que la opinion general aplica á los últimos tiempos del mundo; y que, desde fines del siglo XVIII, hasta nuestros días, vienen cumpliéndose con espantosa exactitud (2).*

antiguamente por medio de mis siervos, los profetas de Israel, los cuales en aquellos tiempos profetizaron, que yo te traería contra ellos.

(1) Mirad que nadie os engañe, porque muchos han de venir en mi nombre, diciendo: «Yo soy el Cristo;» y seducirán á mucha gente.

(2) Las dos persecuciones del demonio contra la Iglesia, y el periodo de calma, que las separa, en el capítulo XII del Apocalypsi pueden muy bien figurar las dos seducciones de Satan; la una al principio de la Iglesia y la otra al fin, siendo la primera separada de la segunda por el reinado de mil años.

* Sor Natividad está conforme con nosotros,

Si los mil años del capítulo XX del Apocalypsi son anteriores á la venida de Gog, el Anticristo, fuera ridiculo empeñarse en aguardar su cumplimiento para despues de

pues dice, que Satán ha sido desencadenado al fin del último siglo (el XVIII); que desde aquella época seduce otra vez, y en *mayor número*, á los hombres; y, por lo mismo, coloca, como nosotros, el reino de mil años antes de esta seducción. Hé aquí lo que dice con este motivo: Tom. II, p. 260. «Dios me ha manifestado la malicia del infierno y la intención diabólica y perversa de sus fautores contra la santa Iglesia de J. C. Por órden de su jefe, esos perversos, como fratricidas, han recorrido la tierra, á fin de preparar el camino y las sendas al Anticristo, cuyo reino se acerca. Con el soplo corrompido de este Espíritu soberbio, han viciado á los hombres, quienes se han comunicado, como si fuesen apesados, el mal, los unos, á los otros; por manera, que el contagio se ha hecho general... ¡Qué trastorno! ¡Qué escándalo!

«Hé aquí lo que yo misma he visto: Satán distribuía á sus satélites... cierta substancia con que les tocaba en la frente, ó en algun otro lugar de la piel, dejándoles impreso un carácter de adhesión á su obra.» (4). Estos satélites, que tenían la marca, me parecían desde luego cubiertos de una lepra, cuyo virus comunicaban á cuantas personas se dejaban tocar por ellos... Hé aquí algunas palabras que of con toda claridad: *Hánsse dormido los centinelas* (2); los enemigos han forzado las trincheras, y han penetrado hasta el interior de la fortaleza, de la cual se han apoderado. El poder de las tinieblas ha dilatado su imperio, ha constituido una sinagoga. Ha erigido altares, en los que ha colocado ciertos ídolos para hacerlos adorar. *Satán acaba de entrar en su Sinagoga.* (3).»

(1) Esto parece referirse al versículo 16 del cap. XIII, del Apocalypsi.

(2) Esta frase hace referencia á la parábola de la cizaña y del buen trigo, de la cual nos ocuparemos en la segunda parte. (Cum enim dormiant homines), y en general á la 5.^a edad.

(3) Esto prueba que Satán fué desencadenado al fin del siglo diez y ocho.

la aparición de éste; quedan, pues, refutados los sistemas de ciertos Milenarios.

VII. El continuador de Holzauzer, M. de Wuilleret, no está conforme con nuestra exposición en su Comentario del presente capítulo. En su concepto, los mil años del versículo 4, no expresan la duración precisa del reino temporal de la Iglesia, y del culto continuo é incontestado de los santos; sino, mas bien, la totalidad del reino de Jesucristo, desde su nacimiento, hasta el Anticristo. *Este número (mil años) hasta seis veces repetido en un solo capítulo*, nada significaria, no tendria objeto reconocido, y no se emplearia sino como una figura para representarnos un número indeterminado. Los demás muertos, de quienes habla el versículo 4 (*Ceteri mortuorum*), y que no viven durante el periodo de los mil años, no serian los malos, sino los mártires de los tiempos postreros, que habrán sacrificado su vida por su divino Maestro, despues de terminado su reino de mil años (Tom. II, páginas 302 á 312).

Se nos resiste semejante interpretación, y la calificamos de inaceptable; ya, porque no nos parece racional rechazar con tanta ligereza un número seis veces repetido en un mismo capítulo, y no darle importancia alguna; ya, tambien, porque las palabras *Ceteri mortuorum etc.*, no pueden referirse sino á los que murieron antes de inaugurarse los mil años, y en manera alguna á los que empezarán á vivir cuando los mil años tocarán ya á su término, ó habrán concluido, y que morirán poco despues.

Hemos expuesto el sistema de Wuilleret, y el que, en nuestro concepto, se desprende del texto mismo. Toca al lector apreciar los datos en que respectivamente se apoyan.

VIII. Quizás, en concepto de algunos criticos, la sultura de Satán, al terminar el reinado de mil años, y el comienzo de la segunda seducción, no debiera separarse tanto como nosotros lo separamos; y de esto lomen tal vez motivo para destruir *nuestras conjeturas*, diciendo, que los acontecimientos en cuestion han venido verificándose ya, desde la aparición del Protestantismo, en la primera mitad del siglo diez y seis, y no en los últimos años del diez y ocho.

Dos respuestas daremos á esta objecion.

Debiendo tomarse en consideracion, como lo requiere la gravedad del asunto, el número de mil años, seis veces repetido en los quince versículos de que consta el capítulo XX, es preciso, que aquel reinado, que comprende mil años efectivos, haya empezado ántes de la mitad del siglo VI; es decir, en la época, en que las repetidas y horrendas invasiones de los feroces arrianos desolaban la Iglesia, que luchaba contra innumerables herejías, á cual mas funesta y desoladora. Pues bien; es imposible ver el reinado de la Iglesia, y el culto de las reliquias y de los santos en un siglo no menos infuasto, que pervertido; luego, el reinado de mil años no pudo ser anterior á la época, que le hemos señalado. (1).

Por otra parte, bien que nuestra viciada naturaleza se haya aprovechado de los principios admitidos por el Protestantismo, para llegar al Racionalismo, que es su consecuencia indeclinable; sin embargo, preciso es confesar, que no ha llegado á edificar la razon humana, sino por los esfuerzos del filosofismo en el siglo XVIII; y entre estos dos tiempos existe una diferencia notable.

En pos del año 1789, vino en Francia la Constitución civil del clero, la apostasia de una porcion notable de sus sacerdotes y obispos, la destruccion de los Institutos regulares, la abolicion del culto público, y del sacrificio perpétuo (*Juge sacrificium*, DANIEL, XII, 11); la proscripción del catolicismo, *la abominacion de la desolacion en el Lugar santo* por la adoracion de una ramera, que habia sustituido á Dios sobre nuestros altares profanados.

Estos crímenes no se comietieron solo en nuestro país; propagáronse á todas las naciones, que nuestros ejércitos somietieron ó devastaron; el trono de san Pedro fué derribado, y dos soberanos Pontífices fueron conducidos cautivos.

(1) La aparición de los Iconoclastas en los siglos VII y VIII, no nos permiten principiar en ellos el reino de mil años, durante los cuales subsistió el culto de las reliquias y de los santos.

En esta deprecable historia contemporánea, pues, se ve, desde luego, la accion de una saña mas fuerte, mas poderosa, que la saña del hombre; la accion del furor satánico llevado al mas alto grado, empleando todo su poder, el poder de que se servirá el Anticristo en los últimos tiempos.

Nó; el protestantismo, no fué tan lejós: racionalista, en principio, por el libre examen, no admitió, en la primera mitad de su duracion, todas las consecuencias que de sus principios naturalmente surgian: conservó la sagrada Escritura, bien que alterando unas veces su verdadero sentido, y otras suprimiendo ciertos trozos, que le servian de estorbo; dentro de esta sagrada trinchera, encerró la libertad que concedía á sus sectarios. A excepcion de un escaso número de sus adeptos, escoria de la Reforma protestante, como, por ejemplo, los socinianos, el protestantismo no negó, ni atacó la divinidad de Jesucristo. Para sostenerse en la fatal pendiente, que debia hundirle en el racionalismo, ha continuado predicando la Fe; ha levantado las barreras de las confesiones, de los sinodos, de los poderes temporales, á los cuales dió el gobierno de las almas; y, como religion, no ha hecho mas que desasirse de las doctrinas, que le parecian demasiado austeras, de los deberes cuya observancia calificaba de sobrado difícil, y emancipar la carne y todas las pasiones. Por consiguiente, no fué el mismo Satán quien, directa ó inmediatamente produjo, propagó, y ha conservado la Reforma, sino el hombre corrompido, inspirado, no obstante, y empujado por el demonio. Las sectas tan numerosas, que ha procreado; los errores, que ha popularizado; la corrupcion, que ha inculcado en los corazones, son la cizaña que el *hombre enemigo* ha sembrado entre el buen trigo, y que, sin desmenuzarse, lo sofocan para que no crezca y dé el fruto que daría.

FIN DE LA INTRODUCCION.